



Preguntas molestas: ¿Qué es la filosofía y para qué sirve?

Carla Saenz

M.A., candidata al doctorado e instructora en filosofía en la Universidad de Texas, Austin.

Julio, 2006

Síntesis: El significado y la importancia de la filosofía son poco entendidos, y los filósofos han hecho poco para explicarlos. La filosofía es un ejercicio racional basado en argumentos. Busca dilucidar conceptos esenciales, principios y criterios, así como examinar los presupuestos de nuestros juicios y acciones. Sin embargo, el hecho de que la filosofía no describa la realidad no significa que trabaje a espaldas de ésta ni que carezca de importancia: Como ejercicio individual permite vivir mejor, y, cuando analiza críticamente los presupuestos centrales de cada sociedad, permite su progreso.

Me asombro con demasiada frecuencia de lo poco que mis amigos saben sobre el tipo de trabajo que hago como filósofa. A pesar de ser personas con un alto nivel educativo - muchos de ellos estudiantes de postgrado, o incluso ya doctorados en una variedad de disciplinas- me percaté de que no tienen ni idea de lo que es la filosofía. Muchos me hacen científica social (socióloga u antropóloga, quizás especialista en ciencia política) o una suerte de historiadora de ideas (mayormente esotéricas). La confusión es incluso patente entre teóricos de otras disciplinas cercanas, que muchas veces se jactan de incursionar en la filosofía cada vez que consideran proponer algo “realmente profundo”. Me sorprende tanto más lo poco que hacemos los filósofos por explicar en qué consiste nuestro trabajo y mostrar la relevancia de nuestra disciplina. En este artículo intento llenar ese vacío. Quiero sólo responder estas dos preguntas: ¿Qué es la filosofía? ¿Por qué es importante? Por una deformación profesional, y también por la naturaleza de *Palestra*, voy a poner énfasis en la filosofía política.

Una actividad incómoda

Los filósofos griegos decían que el origen de la filosofía es *thaumazein*, que significa asombrarse, preguntarse. El trabajo del filósofo ciertamente empieza con una pregunta. Pero no todas las preguntas son filosóficas. Dice Isaiah Berlin, en una entrevista que es una brillante introducción a la filosofía, que existen en general tres tipos de preguntas.¹ Las preguntas empíricas se responden observando la realidad. Las preguntas que suponen sistemas formales, como la lógica y la matemática, aunque también juegos como el ajedrez, se responden revisando las definiciones y reglas del sistema formal en cuestión. En ambos casos el *método* para obtener una respuesta es evidente –aunque esto de ninguna manera implica que obtener la respuesta misma es sencillo. A diferencia de éstas, las preguntas filosóficas –que constituyen el tercer tipo de preguntas– se caracterizan porque no es claro qué método usar para responderlas. Esto hace a las preguntas filosóficas inicialmente molestas.

Por ejemplo, la pregunta “¿Qué es la justicia?” no es empírica ni formal. No es posible responderla meramente observando la realidad, ni tampoco describiendo un código legal en particular, pues éste supone ya una noción de justicia en función a que prescribe qué acciones son justas o injustas. La pregunta, como es común con las preguntas filosóficas, indaga una noción cotidiana, que creemos entender con claridad. A pesar de que actuamos

¹ “An Introduction to Philosophy. Dialogue with Isaiah Berlin.” En Magee, Bryan. *Men of Ideas*. New York: Viking Press, 1979. Traducción: Magee, Bryan. “Los hombres detrás de las ideas”. Fondo de Cultura Económica. México. 1986. Agradezco a Pablo Quintanilla por haber asignado esta lectura en el primer curso de filosofía que llevé en la PUCP. Doce años más tarde, sigo recurriendo a ella y asignándola como lectura obligatoria a mis estudiantes



a diario guiándonos por lo que consideramos justo, y basamos una serie de juicios en nuestra visión de lo justo, resulta sumamente difícil definir la justicia. Esto no sólo nos deja perplejos sino que nos hace sentir sumamente incómodos porque muestra lo poco firme que es el terreno sobre el que reposan nuestras convicciones aparentemente más sólidas.

Las preguntas filosóficas son por ello particularmente molestas. La filosofía no es un cuerpo de doctrina –un conjunto de enseñanzas aceptadas como correctas– sino, primariamente, una *actividad* que nos saca de nuestra zona de confort con miras a elucidar conceptos o justificaciones. Esta explicación es, sin embargo, todavía insuficiente: Además de formular preguntas molestas, ¿cómo específicamente llevamos a cabo esta actividad? ¿Cómo procedemos exactamente los filósofos? ¿Qué tipo de respuestas logramos?

Las tareas de los filósofos

Los filósofos tenemos una doble tarea. En primer lugar, tratamos de dilucidar conceptos esenciales como, por ejemplo, justicia, verdad, bien, realidad. Además de conceptos, aclaramos principios y criterios. Por ejemplo, ¿cuál es el criterio para determinar como justo aquello que consideramos justo? En otras palabras, ¿qué es lo que hace justas a las acciones justas? ¿En base a qué las consideramos justas? ¿Es porque producen las consecuencias más deseables o porque de algún modo son intrínsecamente justas o por algún otro motivo? Puesto que tratamos de aclarar ideas, consideramos la claridad una virtud, aunque admitimos (a regañadientes) que con frecuencia somos poco hábiles para explicar claramente las complejas ideas con las que lidiamos. Sin embargo, aceptamos que la dificultad en expresar una idea claramente revela insuficiente claridad con respecto a esa idea. Decir “Está claro en mi cabeza” es un síntoma de autoengaño: La única manera de esclarecer una idea es explicándola, y la única manera de explicar una idea es por medio del lenguaje. Dice por eso A.P. Martinich que la mitad de la buena filosofía es buena gramática.² Y al enseñar cómo escribir filosofía, enseña a hacer filosofía.

En segundo lugar, los filósofos examinamos los presupuestos de nuestros juicios y nuestras acciones. Indagamos las razones a favor y en contra de diversas posturas y especificamos sus implicancias. Mostramos inconsistencias y revelamos conflictos de valores que suelen pasar desapercibidos. Precisamos argumentos, las asunciones de éstos y las consecuencias de mantener ciertas posturas o afirmar ciertas nociones. Producimos contra-argumentos y ofrecemos ejemplos a fin de mostrar los aspectos problemáticos de los argumentos en cuestión. Si bien no dictamos la respuesta correcta -no somos predicadores- iluminamos las distintas posibilidades y, al poner en evidencia los problemas de ciertos argumentos, mostramos que ciertas líneas de razonamiento son más plausibles que otras. A veces logramos probar que ciertos argumentos simplemente no funcionan y, con mucha frecuencia, que es imposible mantener ciertas ideas simultáneamente bajo pena de contradicción.

Por ejemplo, ante un tema controversial como el aborto, nos preguntamos: ¿Qué argumentos pueden ofrecerse a favor y en contra del aborto? ¿Qué problemas presentan éstos? ¿Son los problemas devastadores? ¿O es posible reformular los argumentos de manera que ya no sean susceptibles a los problemas identificados? ¿Requieren los argumentos asumir alguna noción o postura cuestionable, que quizás necesite argumento como respaldo (como por ejemplo una definición particular de ‘ser humano’)? ¿Son los argumentos consistentes con otras afirmaciones en temas relacionados, como por ejemplo

² Martinich, A.P. *Philosophical Writing*. 3era ed. Blackwell. 2005.



que no estamos obligados a permitir que otras personas hagan uso de nuestro cuerpo incluso si esto es necesario para salvar su vida? ¿O compromete el argumento otras creencias que consideramos correctas, por ejemplo sobre las maneras en que es moralmente aceptable terminar la vida humana, como podrían ser consideradas la eutanasia o incluso la pena de muerte?

Los filósofos no lidiamos con simples ‘opiniones’ sino con argumentos. Un argumento es una secuencia de proposiciones, una de las cuales es la conclusión y las demás son las premisas. El ejemplo más trillado (y aburrido) de la historia de la filosofía es: Sócrates es un ser humano (premisa 1). Los seres humanos son mortales (premisa 2). (Ergo) Sócrates es mortal (conclusión). Lo que solemos llamar ‘opinión’ corresponde por lo general a la conclusión de un argumento –en la vida diaria con frecuencia no especificado. Un buen argumento no es sólo lógicamente válido –las conclusiones se derivan lógicamente de las premisas, cualesquiera que éstas sean-, sino que consta de premisas verdaderas. Puesto que la conclusión se deriva lógicamente de las premisas, de ser el argumento válido y las premisas verdaderas, la conclusión también será verdadera.

El trabajo del filósofo es un ejercicio racional. Puesto que trabajamos con argumentos, la lógica nos es una herramienta indispensable, aunque muchas veces parezcamos emplearla de manera sutil. Más aún, la filosofía es indudablemente un ejercicio de disciplina. Analizamos conceptos y argumentos vinculados a temas sensibles sobre los que solemos tener opiniones profundamente arraigadas. Esto hace nuestro trabajo difícil –con frecuencia nos sentimos cuestionados y nuestras emociones perturban la discusión. Los filósofos estamos entrenados para dejar las susceptibilidades de lado a fin de hacer un análisis tan objetivo como sea posible, considerando los problemas de cada postura, incluyendo la propia.

Por una serie de razones, los filósofos dedicamos mucho tiempo a estudiar historia de la filosofía. No es necesariamente una vocación de historiadores lo que nos anima. Con frecuencia seguimos volviendo a los mismos problemas (“¿Qué es la justicia?”) o resulta que viejas soluciones siguen inspirándonos e incluso pareciéndonos satisfactorias. Otras veces notamos que discusiones pasadas sugieren problemas en los que no habíamos reparado. O que volver sobre textos antiguos revela qué poca claridad tenemos sobre temas que habíamos abandonado. E incluso, si estas situaciones no son el caso, sabemos que estudiar historia de la filosofía constituye un entrenamiento insustituible para la actividad filosófica. Aprendemos a hacer filosofía –a preguntar, argumentar, discutir y criticar- viendo cómo otros han realizado esta actividad.³

La importancia de la filosofía

Hay quienes se preguntan en qué medida es el trabajo filosófico valioso dado que no constituye una descripción de la realidad. ¿Qué valor puede tener nuestro trabajo dado que no se basa en análisis estadísticos ni en estudios de campo? Como he dicho anteriormente, no es un análisis de la realidad empírica lo que nos va a permitir determinar, por ejemplo, qué es lo justo, o qué significa la verdad, o en qué medida es posible el conocimiento verdadero.⁴ Más aún, una proposición normativa como “no se debe mentir” no es refutada

³ Aprendemos de paso a ser menos arrogantes al constatar que seguimos volviendo sobre problemas y soluciones propuestas varios siglos atrás.

⁴ Alguien podría sostener que esta última pregunta es distinta y que lo que hace posible el conocimiento sí se determina observando la realidad empírica. Sin embargo, responder esta pregunta supone definir qué



constatando que la mayoría de personas miente. Tal dato empírico simplemente muestra que la mayoría de gente no hace lo que debe. Una descripción de la realidad no es lo que necesitamos para mostrar que la proposición normativa en cuestión no es correcta. Haría falta, por lo contrario, un argumento (también normativo) que muestre que mentir es moralmente aceptable. Elaborar argumentos sobre lo que debemos o no debemos hacer, o sobre lo que es o no moralmente aceptable, es tarea de los filósofos, específicamente de los dedicados a la ética y la filosofía política.

El hecho de que los filósofos no describamos la realidad no significa que trabajemos a espaldas de ésta.⁵ Construimos argumentos que pueden incluir premisas que constituyen datos empíricos sobre la realidad. Por ejemplo, alguien puede elaborar un argumento a favor de la pena de muerte utilizando la premisa “la pena de muerte disuade a potenciales criminales.” Esta premisa constituye un dato empírico (que ciertamente las estadísticas no corroboran, por lo cual la premisa es falsa). Sin embargo, el argumento requiere de otras premisas, como por ejemplo: “La disuasión de potenciales criminales constituye un efecto positivo sobre la sociedad”, y “una pena está justificada si tiene efectos positivos sobre la sociedad”. Es evidente que esta última premisa no constituye un simple dato de la realidad sino que supone la idea de que es el efecto del castigo lo que permite su justificación, lo que a su vez supone una particular visión de la ética: Las acciones son buenas según tengan efectos positivos en los implicados. Si bien el argumento contiene premisas que constituyen datos empíricos, el argumento no es meramente una colección de datos sobre la realidad.

Cuando me preguntan para qué sirve la filosofía, mi respuesta inmediata es para vivir mejor. Porque si damos por sentadas las ideas dominantes en nuestro entorno sin nunca cuestionarlas seremos como robots que operan de acuerdo a una programación previa sobre la que no tienen ningún control. Porque si no tratamos de entender las razones por las que creemos lo que creemos difícilmente podremos vivir una vida con sentido. Porque tomamos decisiones y, en general, actuamos guiándonos por conceptos –verdad, justicia, bien, y muchos otros–, y seríamos irracionales si jamás indagáramos si estos conceptos que nos guían son por lo menos razonables. Hacer filosofía es por eso un ejercicio de libertad que cada persona debería llevar a cabo.

Más allá del valor del ejercicio filosófico a nivel personal, es importante contar con filósofos profesionales que examinen más profundamente los presupuestos y los conceptos centrales de cada sociedad. Nadie ha descrito tan bien como Berlín la importancia de la filosofía a este nivel:

“Platón hace decir a Sócrates que una vida sin examen no merece vivirse. Pero si todos los integrantes de una sociedad fuesen intelectuales escépticos, que estuvieran examinando constantemente los presupuestos de sus creencias, nadie sería capaz de actuar. Sin embargo, si los presupuestos no se examinan y se dejan al garete, las sociedades corren el riesgo de osificarse; las creencias, endurecerse y convertirse en dogmas; distorsionarse la imaginación, y tornarse estéril el intelecto. Las sociedades pueden decaer a resultas de dormirse en el mullido lecho de dogmas

cuenta propiamente como conocimiento, y es sumamente dudoso que esto último se logre simplemente mediante la observación de la realidad empírica. Los filósofos ciertamente discutimos qué lugar debemos atribuir a las descripciones de la realidad en diversas teorías. Esta discusión, sin embargo, es puramente filosófica y no es posible resolverla sólo observando la realidad.

⁵ Esto no significa que no existan argumentos filosóficos que sean claramente no empíricos, como por ejemplo el argumento ontológico de la existencia de dios elaborado por Anselmo de Canterbury.



incontrovertidos. Si ha de despertarse la imaginación; si ha de trabajar el intelecto, si no ha de hundirse la vida mental, y no ha de cesar la búsqueda de la verdad (o de la justicia, o de la propia realización), es preciso cuestionar las suposiciones; ponerse en tela de juicio los presupuestos; al menos, lo bastante para conservar en movimiento a la sociedad”.⁶

Entonces, el ejercicio filosófico hace posible el progreso de una sociedad.

Con respecto a la filosofía política en particular, el trabajo filosófico es especialmente importante pues consiste en examinar el lenguaje de la legitimación política, el cual a su vez tiene un enorme impacto en nuestra vida ciudadana. Esto ha llevado a Philip Pettit a decir que: “Si los filósofos dedicados a la filosofía política no existieran, habría que inventarlos.”⁷ A pesar de la importancia del análisis filosófico en las distintas áreas del dominio público los debates sobre cuestiones filosóficas son poco frecuentes.

Dice al respecto John Rawls: “Los debates sobre preguntas filosóficas generales no pueden ser lo cotidiano de la política, pero esto no significa que estas preguntas no tengan importancia, pues nuestras respuestas a esas preguntas definen las actitudes que subyacen a la cultura pública y a la conducción de la política.”⁸

En nuestro país los debates de este tipo son particularmente infrecuentes. Creo que los filósofos debemos asumir un rol más activo esclareciendo los términos de nuestras discusiones políticas. *Palestra* me parece un espacio idóneo para este tipo de trabajo. A largo plazo, debemos también tratar de formar a más ciudadanos dispuestos a emprender un cuestionamiento riguroso de sus creencias y un análisis crítico de sus presupuestos. Nuestra labor en el sistema educativo es por ello indispensable.

⁶ Magee, Bryan. “Los hombres detrás de las ideas”. Fondo de Cultura Económica. México. 1986. Traducción de José A. Robles García. p.18.

⁷ Pettit, Philipp. *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*. Oxford: Clarendon Press, 1997. p.4. Traducción de la autora del artículo.

⁸ In Rawls, John. *Political Liberalism*. New York: Columbia University Press, 1996. p.lxi. Traducción realizada por Palestra.